

Begoña Ruiz Hernández

LAS MONTAÑAS AZULES



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n^o12—
MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © BEGOÑA RUIZ HERNÁNDEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Javier Olalla Mádico

Primera edición: Marzo 2016
I.S.B.N: 978-84-944752-4-5
Depósito legal: M-7802-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mi madre, que no pudo estudiar por ser mujer.

CAPÍTULO 1

Se despertó desorientada y tiritando. Fue el aroma de trigo seco lo que le hizo recordar que se hallaba encerrada en las trojes, el lugar más recóndito de la casa, donde se oreaba el cereal, ocultándolo de enemigos y ladrones, pero también donde se recluía a las mujeres por razones diversas.

Había dormido, a intervalos, amadrugada entre dos anchos costales, arropada con varias mantas y un tapabocas. Sus miembros entumecidos se quejaban de la prolongada posición pero se mantuvo quieta para que no se escapara el calor. Sus dientes castañeteaban, notó que de su boca salía aliento que parecía humo y lo aprovechó para templar sus manos heladas. La luz entraba por las rendijas del techo dibujando enigmáticas rayitas que hacían visibles las partículas de polvo flotando en armonía. La escarcha muda se filtraba por las juntas de las paredes. Todo era silencio.

Las trojes tenían dos pisos, el de abajo con el suelo de granito áspero y el de arriba, de madera y más acogedor. Este último, abuhardillado, se dividía en compartimentos bastante amplios que cobijaban trigo, cebada y centeno a granel. La

harina, garbanzos y alubias se mantenían en sacos de esparto amontonados en un rincón. En el centro, destacaba una mesa desnuda con una vela y una silla.

De pronto sintió el olor a humo, eso quería decir que la gente estaba encendiendo las hogueras, por lo que serían las siete de la mañana más o menos. El tiempo en soledad pasaba de una manera extraña.

Dioni se incorporó y se frotó el cuerpo con energía para reanimarlo.

No tenía miedo. La habían entrojado muchas veces. Su estancia más larga había sido de una semana, cuando tenía diez años, y solo la sacaron porque llovió tanto que se hicieron goteras, la cosecha se enmoheció, los muros brillaban como si les hubieran salido escamas y la niña tosía como si se le estuvieran pudriendo los pulmones.

Por aquella época, todavía no conocía una fórmula que luego le enseñó el maestro para diferenciar los números negativos y positivos y que servía, al mismo tiempo, para librarse de la tristeza. Dicha fórmula consistía en contrarrestar un acontecimiento negativo con dos pensamientos positivos con el fin de que su pesadumbre se diluyera y se convirtiese en alegría. Nunca se le olvidó. La escribía en la tierra, en el polvo de los muebles y en el aire. La representaba así: $-1+2=+1$.

Aunque ahora, ya con veinte años, tenía la fórmula a su alcance, estaba desesperada. Se preguntaba por qué le ocurría eso a ella, por qué no nació en una ciudad, por qué no nació hombre, por qué sus padres no la ayudaban, por qué...

En el suelo, divisó varios fósforos caídos cerca de la vela y se le ocurrió prender fuego a la casa. Enseguida desechó esta idea por desmedida. Se tocó el bolsillo, allí estaba su navajita; podría cortarse las venas, pero deseaba viajar, ver las Indias o las Américas, montar en tren, subir en barco, hablar francés, estudiar los mapas... Así que, simplemente, gritó hasta encontrar cierto deleite escuchando su propio eco. En una pausa, oyó un sonido silbante como si alguien pidiera silencio. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se quedó desconcertada, pues creía que estaba completamente sola. Contuvo la respiración y procuró no moverse. El susurro continuó durante largos minutos. Se dirigió de puntillas hacia el lugar del que provenía el ruido, agachándose a medida que la altura del tejado disminuía. Los aullidos de los perros se habían extinguido, ya era de día. Una lechuza apareció.

Tenía la cara blanca, en forma de corazón, y los ojos redondos y oscuros. Trataba de ocultar cuatro huevos que había puesto directamente sobre el suelo. Ambas se miraron durante unos segundos. Fue la lechuza la que saludó primero girando la cabeza; la muchacha hizo el mismo gesto y se alegró de su compañía. Entonces, presintió que alguien le mandaba el consuelo que tanto deseaba. Por otra parte, aquel animal alejaría a los ratones y mantendría su pesimismo a raya. La llamó Jaspe por el plumaje pardo y moteado que exhibía.

La puerta se abrió y, poco después, se cerró. En el piso de abajo, la chica encontró un tazón de leche, unas magdalenas, un cántaro de agua, una jarra y un orinal. Cogió todo y lo subió hasta el lugar en el que había dormido, deteniéndose en un

espejo de cuerpo entero, escondido tras unos sacos, lo que le pareció una extravagancia para ese lugar, aunque sabía que su tía Flora guardaba espejos incluso bajo tierra.

Primero decidió no probar bocado en un acto de rebeldía, pero tenía tanta hambre que, seguramente, habría otra forma de rebelión más sensata. Necesitaba fuerza, así que paladeó el desayuno despacio, pensativa, saboreando cada miguita de magdalena.

Narró a Jaspe los sucesos del día anterior y le preguntó en voz alta si no le parecía un castigo desmesurado para algo tan insignificante como lo ocurrido; el ave la escudriñó con sus ojos negros y así se quedaron durante un tiempo. Estaba acostumbrada a entenderse con los animales, en un lenguaje tan simple en el que no cabían las mentiras humanas. Cresce, el pastor, se lo había enseñado.

Pasó la mañana controlando sus malos pensamientos, cantó coplas, escudriñó todo lo que la rodeaba con atención, escuchó sonidos intentando averiguar su procedencia hasta que se durmió otra vez.

Cerca del mediodía, su hermano la llamó a voces:

—Padre ha puesto un candado de acero en el tranco, además del travesaño de hierro. Se ha ido, pero se ha colgado la llave en una trabilla del pantalón.

Al chico se le notaba congoja en el tono de las palabras.

—No podremos quitarle la llave hasta que no se baje los pantalones —quiso hacer reír a su hermana a pesar de las circunstancias.

—No te preocupes, lograré salir, aunque me mate.

—No digas eso, por favor. Te perdonarán si prometes no volverlo a hacer.

El niño mezclaba tragedia y comedia debido al nerviosismo que le embargaba. Ella le distrajo, hablándole de la lechuza, le dio indicaciones del lugar por donde el animal salía o entraba y acordaron que la utilizarían como recadera, lo cual tranquilizó al muchacho. Después, el niño se fue hacia la iglesia porque tenía que prepararla para las celebraciones del Jueves Santo, como había mandado el cura.

También vino tía Flora a consolarla a través de la puerta.

—Ya sabes que no podemos abrirte, cielo, pero déjame darte un consejo, llora, no te resistas.

—Estoy bien —inspiró con fuerza.

—Las lágrimas embellecen el rostro. Si no lloras, te harás fea como un demonio —ponía voz misteriosa—. Si se sostiene demasiada tensión en los músculos de la cara por aguantar la tristeza, los gestos se mudan en muecas. Por eso, muchos ángeles acabaron convertidos en atroces diablos. No me lo estoy inventando, lo he leído en algún sitio, quizás en la Biblia. Luego la gente se meterá contigo por tu aspecto, te llamarán motes y te harás mala.

A Dioni no le angustiaba la pérdida de belleza. Sin embargo, agradeció la conversación y la despidió.

Regresó de nuevo a la parte de arriba. Observó el agujero en la pared que había indicado a su hermano, por donde el ave entraba o salía, y consideró que su única posibilidad de huir

era una apertura similar a la de la lechuza. Las paredes estaban construidas con enormes piedras robustas, por lo que la parte más vulnerable era el tejado. No sería difícil mover las tejas, una vez rotas las tablas, para lo cual podía usar la pequeña navaja con la que en principio pensó quitarse la vida. La complicación estaba en cómo bajar a la calle, sin que la vieran. Si lo hacía de noche, resbalaría a causa de las continuas heladas. Y, aunque tuviera la suerte de irse sin descalabros, necesitaba dinero. Sólo Jonás y don Crispulo le prestarían algo, pero, puesto que conocía los escasos ahorros de ambos, no se atrevía a pedirselo.

Meditó los detalles despacio. Si fracasaba, su cárcel se haría más fuerte y ella más débil. Hasta serían capaces de atarla. Por otro lado, tenía que restringir miedos y precauciones que acababan asustándola e, inmediatamente, empezó a darse ánimos a sí misma, aplicando la fórmula de don Crispulo. Lo positivo debía estar relacionado con lo negativo de alguna manera, si no el método resultaba inútil y no obtendría el efecto que buscaba. Se alegró de la soledad y, al mismo tiempo, de la compañía de Jaspe, pero lo más importante era que el encierro injusto aumentaba su determinación de fuga y de alejamiento definitivo de su familia. Sin remordimientos, ya que, si se quedaba en el pueblo, la castigarían una y otra vez con absurdos argumentos.

No siempre su espíritu fue audaz. En el pasado admiraba el aguante y la fuerza que demostraban sus padres ante las adversidades y había intentado escucharlos, complacerlos e

incluso ser como ellos. A menudo se consideraba mala hija por mirar solo los propios intereses. Sin embargo, al hacerse mayor le impusieron tantas reclusiones por supuestas faltas cometidas que había llegado el momento de hacer algo definitivo. Al contemplar a los animales, había descubierto que las madres enseñaban a sus hijos a cazar, a protegerse o a volar, sin esperar retribución; ella no tenía más pretensiones que un simple animal. Sólo quería existir.

—¡Ojalá fuera un pájaro! —dijo en voz alta.

Debajo de la mesa, atisbó un libro de romances y enseguida trató de aprenderlos de memoria, aunque ya se sabía muchos, para no desgastar los planes de libertad con sus reiterativos pensamientos. Creía que, si daba muchas vueltas a una idea, no llegaba a hacerse realidad porque la cavilación excesiva la consumía.

No sabía qué hora era. La mañana pasaba demasiado lenta y esperaba la comida. Aparte de quitarle el hambre, también le quitaba el tedio y el aburrimiento de estar sin hacer nada. Por fin sonó la puerta. Encontró un puchero y una cuchara. Esta vez, al subir, no pudo desentenderse del espejo tentador. A pesar del empeño que ponía en mantenerse animada, la tristeza estaba haciendo nido en su cuerpo. Su piel se apagaba, las trenzas colgaban medio deshechas y las ojeras de color violeta delataban la zozobra que la atenazaba. Hasta los ojos habían mudado de color, ahora, negreaban como pozos profundos. Se estiró porque el frío persistente la había encogido y se ordenó a sí misma sacar el pecho como un militar ante la batalla y estar